LABIRINTO

colección

El Sombrero del Sur

Publicación auspiciada por la Cátedra de Estudios Portugueses Fernando Pessoa, creada mediante un protocolo de cooperación entre el Camões - Instituto da Cooperação e da Língua, Portugal y la Universidad de los Andes

El Sombrero del Sur

Pepetela

Traducción: Jorge Uribe y Santiago Villa

Glosario, bibliografía y cronología: Jorge Uribe

Coordinador de la colección Labirinto:
Jerónimo Pizarro

Pepetela

El sombrero del sur / Pepetela; traducción Jorge Uribe y Santiago Villa; glosario, bibliografía y cronología Jorge Uribe. –Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura, Ediciones Uniandes, 2016.

113 páginas; 15 x 24cm. – (Colección Labirinto)

ISBN 978-958-774-381-4

1. Novela portuguesa – Autores angoleños – Siglo xx I. Villa Chiappe, Santiago II. Uribe, Jorge III. Universidad de los Andes (Colombia). Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura IV. Tít.

CDD 869.34 SBUA

Edición original *A Sul. O Sombreiro*, 2011, Leya

Primera edición en español: abril del 2016

© Pepetela, 2011

© Jorge Uribe y Santiago Villa, por la traducción al español

© Universidad de los Andes, Facultad de Artes y Humanidades, Departamento de Humanidades y Literatura

Ediciones Uniandes
Calle 19 núm. 3-10, oficina 1401
Bogotá, D. C., Colombia
Teléfono: 3394949, ext. 2133
http://ediciones.uniandes.edu.co
infeduni@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-774-381-4

A Sul. O Sombreiro, first edition, by Pepetala, was originally published in 2011. This translation is published by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e.k Frankfurt, Germany

/*A Sul. O Sombreiro*, primera edición, de Pepetela, se publicó originalmente en el 2011. Esta traducción al español se publica mediante acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e.k Frankfurt, Germany

By arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e.k Frankfurt, Germany

Corrección de estilo: Liliana Ortiz
Diagramación: Leonardo Cuéllar
Diseño de cubierta: Neftalí Vanegas
Imagen de cubierta: Pepetela, de Jmendez-commonswiki

Impresión:
Javegraf
Calle 46 n.° 82-54, interior 2,
Parque Industrial San Cayetano
Teléfono: 416 1600
Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Contenido

Prólogo · 9

El Sombrero del Sur · 21

Contributos · 377

Glosario · 381

Bibliografía · 385

Cronología · 389

Nota sobre la presente edición · 391

Prólogo

> ...o mais importante para uma geração é dar qualquer coisa de bom à seguinte, um projeto, uma bandeira. No fundo, é o pai a deixar uma herança para o filho. E é triste sentir que a nossa geração, que vos deu apesar de tudo a independência, logo a seguir vos tirou a capacidade de a gozar. [...] Não é mesmo tragicabsurdo?
>
> *A Geração da Utopia*

Si la reflexión acerca de la coexistencia de identidades nacionales en un territorio geográfico y discursivo, la descentralización del poder global, sus reproducciones y vestigios, y, sobre todo, la pregunta por lo hereditario —que comprende determinismos biológicos y culturales— como obstáculo para la organización de sociedades en estados de derecho, son puntos neurálgicos del pensamiento humanístico contemporáneo, *El Sombrero del Sur* (2011) es una novela de carácter evidentemente actual. De Cavalli-Sforza a Thomas Piketty —por nombrar solo dos casos notables, en principio ajenos a los estudios literarios— los interrogantes sobre la manera como los seres se ven forzados a lidiar con aquello que más íntimamente los constituye a partir de un pasado colectivo, revitalizan el pensamiento contemporáneo sobre la autonomía humana, el mérito individual y la organización social. Estos asuntos forman parte del sustrato ideológico discutido por *El Sombrero del Sur* , sin que por ello la novela resulte una cartilla escolar hecha a la medida de los estudios culturales o se deje reducir a una posición política exclusiva.

No obstante, esta novela de Pepetela (Pestaña, en kimbundu), antes *nom de guerre* y ahora *nom de plume* de Artur Carlos Maurício Pestana dos Santos (Benguela, 1941), Premio Camões en 1997, sugiere un posible comentario desasosegado de la afirmación inaugural de un libro icónico de los estudios poscoloniales —o *descolonizados*, si se quiere— editado por Homi K. Bhabha:

> Nations, like narratives, lose their origins in the myths of time and only fully realize their horizons in the mind's eye. Such an image of the nation —or narration— might seem impossibly romantic and excessively metaphorical, but it is from those traditions of political thought and literary language that the nation emerges as a powerful historical idea in the west. An idea whose cultural compulsion lies in the impossible unity of the nation as a symbolic force[1].

Para Bhabha, la configuración de una narrativa de lo nacional y la corroboración de una entidad discursiva llamada *nación* proyectan una misma génesis, y esa génesis es susceptible de constante reconfiguración por medio del ejercicio del discurso que la constituye, pues su lugar en el tiempo es la conciencia particular desde donde el discurso es proferido. La dinámica de trasposición de lo individual a lo colectivo dibuja el territorio en el que tanto la *narrativa nacional* como la *nación* adquieren significado como conceptos aglutinantes. La obra de Pepetela habita ese territorio, y la temporalidad interpelada por ella se remite a una génesis análoga y operante en ambos niveles del discurso, el de la autoafirmación individual y el de la identidad de una comunidad imaginada.

El Sombrero del Sur es un enmarañado de conciencias individuales; narraciones encarnadas en personajes imposibilitados a ver más allá de su propia experiencia, y que, por medio de retrospectivas condicionadas —por aquello que conocen, porque les fue dicho, por experiencia y por sus propios instintos— intentan desenredar el hilo de un supuesto destino, esquivo atrás de profecías, supersticiones y ambiciosas empresas frustradas desde el principio. Una voz intermitente aparece de cuando en vez en la narración para anticiparse a los hechos e ironizar o compadecerse, desde un presente irresuelto, de la miopía o la desesperanza de las cuales sufren aquellos cuya condición es pretérita. Sobre este panorama desencantado se posa el espectro de la ambigüedad en el juicio moral, que arroja al lector en medio de una conversación palpitante e incómoda acerca de jerarquías sociales y naturales y de la cual no se antevé con facilidad una resolución. Pepetela, escritor,

1 Bhabha, Homi K. «Introduction: narrating the nation», en *Nation and Narration*, ed. Homi K. Bhabha, Nueva York: Routledge, 1990, p. 1.

ex guerrillero, blanco, que pasó del exilio en Europa y en Argelia a las selvas de Cabinda y después al Ministerio de Educación en Luanda durante el gobierno revolucionario de Agostinho Neto y del Movimento Popular de Libertação Angolana (MPLA) —que aún hoy gobierna el país—, ofrece al lector relatos a veces explícitos y otras veces cifrados dedicados a la fantasía y a la desgracia que ha sido *fundar* Angola en el territorio y en el discurso. Ese es el tema nuclear de su obra —y de su vida, no podremos sino suponer— y abarca casi toda su producción escrita, asumiendo, no obstante, diferentes contextos narrativos como mecanismos de exploración de aquello que no es una disquisición memorialista sobre quién debe contar la historia de una nación, sino un debate cultural y político vigente, que resulta *performativo* de ese mismo propósito.

Pepetela posee una extensa obra literaria, que incluye casi una veintena de novelas y otros tantos cuentos y crónicas, y en esa abundancia existe una amplia diversidad de aproximaciones a particulares de la historia y la vida cotidiana de Angola. Sin embargo, *grosso modo*, se puede decir que entre las novelas de Pepetela son identificables dos conjuntos sistemáticamente abordados. Uno de ellos está compuesto por narraciones que cuentan Angola y sus gentes a partir de la guerra de independencia, entre los años sesenta y setenta del siglo XX, siguiendo su sangrienta proyección hasta los inicios del siglo XXI, y pasando también por la cristalización de la corrupción gubernamental subsecuente a la guerra civil. A este conjunto pertenecen *Mayombe* (1980) y *A Geração da Utopia* (1992), para nombrar solo dos de sus obras más reconocidas. Un segundo conjunto está formado por obras que revisitan la historia colonial de Angola bajo los dominios portugués y castellano en el siglo XVII. A este segundo conjunto pertenecen, por ejemplo, *A Gloriosa Família: o tempo dos flamengos* (1997), y, precisamente, *El Sombrero del Sur*. Todas estas obras asumen la tarea de *contar* el territorio nacional, literalmente; nombran su demarcación y extensión, enumeran los pueblos que habitan el terreno en determinado momento, presentan mapas orográficos, apuntan las particularidades de las lenguas de sus habitantes y relatan los viajes de extranjeros que se fueron naturalizando en esas selvas, breñas, llanos, altiplanos y playas rocosas, es decir, el mapa que hoy es Angola. El lector no deberá sorprenderse al reconocer que, a pesar de que los dos conjuntos se

encuentran separados por cuatrocientos años de extensión cronológica, las narrativas implicadas en ellos se presentan como continuidades paralelas interceptadas en varios puntos. Se trata entonces de dos planos que se espejan, se intervienen y se iluminan, y cuyo desarrollo no resulta linealmente progresivo, revelando la presencia de fantasmagorías intermitentes que no se deciden a desaparecer. Esta particular cronología a dos compases fue tematizada de manera explícita en una novela intitulada *Lueji, o nascimento de um império* (1989), obra que se desarrolla, de forma simultánea, en las dos continuidades cronológicas antes referidas, formulando así el marco sistémico al que pertenecerían obras subsecuentes del autor[2]. Por lo tanto, el tema central de la escritura de Pepetela es ese mapa, «Angola», esas gentes extendidas sobre un tiempo no lineal que avanza tanto como retrocede; y, paralelamente, la proyección de esas lenguas y lo que se dice y se escribe en sus intersecciones.

Mayombe y *A Geração da Utopia* cuentan la formación individual de personajes nacidos en una Angola que era provincia portuguesa, que sufren procesos de confrontación y afirmación en contextos revolucionarios europeos, y que después se ven obligados a llevar la inmaterialidad de las conversaciones estudiantiles a la caótica y multifacética violencia de la selva, el llano y el altiplano africano. El resultado es una yuxtaposición de relatos de ilusiones perdidas, de degeneraciones ideológicas y confirmaciones morales, en la cual los héroes posibles son aquellos que logran tomar distancia respecto a la acción de la cual antes fueron protagonistas, y aislarse para permanecer auténticos[3].

2 Inocência Mata se refiere a este trazo como la característica distintiva del estilo autoral de Pepetela: «[...] a sua singularidade reside no questionamento do Presente (valores, comportamentos, ideias) a partir das mitificações (às vezes das falsificações) da História. Como um mago, Pepetela vai-nos desvelando os vários trilhos de memórias do Passado, vai-nos conduzindo pela percepção da História como um processo feito de cruzamento de olhares diferentes sobre o mesmo [...]». «Pepetela e as (novas) margens da "nação" angolana», en *Veredas*, Revista da Associação Internacional de Lusitanistas, Porto, 2001, pp. 136-137.

3 Ese movimiento está en el corazón de aquello que Robson Dutra llamó «a elipse do herói». *Cf. Pepetela e a elipse do herói*, Luanda: Praxis, União dos Escritores Angolanos, 2008. La descripción propuesta por Dutra es particularmente acertada acerca de la novela *A Geração da Utopia*. No obstante, su perspectiva de la obra de Pepetela se detiene en el 2008, y no parece imposible pensar que el autor en *El Sombrero del Sur,* de 2011, y muy posiblemente siendo conocedor del trabajo

Con un variopinto manojo de personajes mulatos, blancos y negros; del norte, del sur y del este; ovimbundu, ambundas y xindongas, entre otros grupos étnicos, todos con el trazo en común de resultar vinculados de manera inapelable a una entidad indefinida bajo el nombre *Angola*, estas novelas presentan las posibilidades y dificultades de darle significado a dicha referencia topográfica y cultural. El objeto del discurso es siempre esa Angola que, en el tiempo de vida de los personajes, pasa de ser una nación oprimida por una fuerza extranjera, a ser proyectos de nación en violento conflicto, inestable por definición y, sobre todo, minada por diversas voluntades de dominio. Un paraíso del oportunismo como lamenta el Sabio —una especie de ermitaño, ex comandante del MPLA— protagonista en *A Geração da Utopia*.

En las obras del primer conjunto enunciado aquí, un claro guiño autobiográfico sugiere un referente apelativo, dado que el tiempo de la narración coincide con el tiempo en que el autor estuvo estudiando en Portugal y Francia, pasó por Argelia y por último llegó a Cabinda para participar después en la entrada triunfante del MPLA en Luanda, tras la rendición de las tropas portuguesas, en 1974, a seguir a la *Revolução dos Cravos* en Lisboa que puso fin al régimen salazarista en Portugal. Ese es un recorrido semejante a aquel vivido por los personajes de su escritura. La construcción ficcional de la historia de la *nación* a partir de la experiencia personal asienta la posibilidad de encontrar el rostro autoral como correlato del texto, y así juega con el efecto de verosimilitud otorgado a lo narrado, efecto este de gran relevancia para un proyecto que se pretende, también, extraliterario.

A primera vista es diferente el caso de las novelas que tienen como marco cronológico la Angola del siglo XVII, y particularmente de *El Sombrero del Sur*. Lector asiduo de novelas policiacas —como dejó claro con la publicación de la saga detectivesca-satírica cuyo protagonista es *Jaime Bunda*[4]—, Pepetela inscribe en la reconstrucción ficcional de la historia colonial de Angola un relato compuesto de símbolos, analogías

crítico de Dutra, decidió incluir alteraciones significativas al proceso de configuración heroica tornándolo menos elíptico, lo cual desafía el proceso de cristalización crítica de su obra.

4 *Cf. Jaime Bunda: agente secreto*, Lisboa: Dom Quixote, 2001 y *Jaime Bunda: e a morte do americano*, Lisboa: Dom Quixote, 2003.

temporales, nombres código y otros artefactos que le sugieren al lector que se enfrenta a adivinanzas y rompecabezas, cabalísticamente diseñados para invocar su participación en la construcción y revelación del significado de lo escrito y, de manera necesaria, de aquello que la narrativa denota: la *nación*. En algunos casos los nombres de los personajes sintetizan su función en una narrativa que se desarrolla junto con el viaje de una pareja edénica que deberá fundar Benguela, la tierra natal del autor y el objeto de su escritura.

Sin el ánimo de hacer el resumen o la paráfrasis de la obra que el lector se dispone a leer, señálese simplemente, a modo de clave de lectura —que deberá funcionar como sospecha y no como solución—, que Carlos Rocha, hijo de Sebastião *Mbaxi*, es una especie de Prometeo africano que pretende robar el *fuego* a los poderes más primitivos para llevarlo a una tierra prometida. Su historia es la de un viaje que es una fuga hacia el límite del poder del padre, disfrazada retóricamente de búsqueda de orígenes remotos, y enmarcada en una azarosa promesa de libertad[5]. Para un lector desprevenido, esos nombres y esos hilos temáticos podrían pasar desapercibidos, si no se remite a las fuentes de la tradición escrita de la cual Pepetela bebe, aunque lo haga subrepticiamente y como que a regañadientes.

Sebastião *Mbaxi* (tortuga, en kimbundu) es una promesa en decadencia[6]. Hijo de un mulato de posible origen heroico, sincretiza en su nombre una sutil prosopopeya, la piedra-animal, junto a uno de los temas centrales de la literatura portuguesa desde el siglo XVI: D. Sebastião, rey de Portugal. En este caso la prosopopeya es inversa y doble, porque la animalidad de la tortuga se petrifica a medida que el relato avanza a paso lento hacia la forma definitiva de la piedra habladora

5 Sobre la ambivalente representación de lo primitivo en *El Sombrero del Sur, cf.* Rothwell, Phillip, «Nostalgia an Misrepresenting Jagas: Pepetela's Strategies for Dealing with Failure in *Crónicas com Fundo de Guerra* and *A Sul. O Sombreiro*», en *Luso-Brazilian Review*, vol. 50, n.º 2, 2013, y sobre la figura de Prometeo en otras obras de Pepetela *cf.* Daniel, Mary L. «Pepetela and the New Angola Mythology», en *Homenagem a Alexandrino Severino*, eds. Margo Milleret and Marshall C. Eakin, Austin: Host Publications, 1993.

6 Una novela de Pepetela explora el valor simbólico de este animal. *Cf. Parábola do Cágado Velho*, Lisboa: Dom Quixote, 2005. El *cágado* es una forma genérica en portugués para referirse a algunas tortugas.

—siguiendo a William Wordsworth—, la lápida[7]. D. Sebastião, por otro lado, está en el origen del tiempo *fáctico* de la narración. La línea principal de desarrollo de la novela se encuentra alrededor de 1603 y 1622, periodo durante el cual el territorio que más tarde sería llamado Angola fue gobernado por los reyes de España, quienes en 1580 anexaron el reino de Portugal tras la desaparición de D. Sebastião, en 1578, en la batalla de Alcácer-Quibir, en el norte de África. *El Sombrero del Sur* cuenta la tragedia de D. Sebastião en dos momentos diferentes, y por medio de personajes cuyas posiciones diametralmente distintas exaltan y dilapidan el nombre del monarca y su legado, confundiendo las fronteras entre historia, leyenda y habladuría. Por encima de todo, D. Sebastião es un paradigma de promesas gloriosas y de herencias malversadas.

Como cosa curiosa, un nombre que no se menciona nunca en la novela de Pepetela es el de Luis de Camões, polémicamente el *poeta nacional* de la lengua portuguesa. El poema épico *Os Lusíadas*, publicado en 1572, comienza precisamente con una exaltada dedicatoria al regente D. Sebastião, con la que, a primera vista, se pretende que la gloria épica allí versada le sirva como espejo de caballería en su futura conquista. Camões moriría en 1580, habiendo testimoniado el fin material del imperio pasado por él a letra escrita. No obstante, la pieza insigne de la inventiva camoniana no se encuentra al comienzo del poema sino que protagoniza el Canto v, y se trata de un nuevo titán, desconocido para los griegos y latinos, homeros y virgilios, así como lo era el sur de África. El poema entonces se divide en dos partes con la aparición de un sobreviviente del holocausto perpetrado por los dioses olímpicos. Adamastor, como dice llamarse el gigante, es también un peculiar tipo de prosopopeya invertida, o de metamorfosis truncada de animal a piedra. Su naturaleza es la de un gran almirante convertido en peñasco —*penedo* en portugués— como castigo por sus osadías eróticamente motivadas, manteniendo únicamente el habla y el don de la profecía. Adamastor es la voz otorgada en *Os Lusíadas* al Cabo de Buena

7 «[…] to the language of the senseless stone a voice enforced and endeared by the benignity of that Nature, with which it was in unison». Wordsworth, William, «Essay Upon Epitaphs», en *Poetry & Prose*, editado por W. M. Merchant, Cambridge: Harvard University Press, 1970, pp. 609-610.

Esperanza, al sur de África y, desde su condición de peñasco-hablador, hace las veces de túmulo monumental de navegantes osados. Como ha sido señalado por varios críticos, Adamastor también es un disfraz del autor del poema en cuanto «eternizador» de héroes muertos[8].

Un personaje de ese tipo que explícitamente construye el imaginario histórico de *El Sombrero del Sur* es Diogo Cão, el portugués del que *Mbaxi* podría ser nieto, y que es una fantasmagoría recurrente en la novela de un tiempo encuadrado entre la historia oficial y la leyenda. Cão fue ignorado por Camões en su catálogo de argonautas, pero fue señalado por Fernando Pessoa como aquel que dejó la marca territorial de apropiación en el *nuevo* continente africano, desconocido para los antiguos. En el poema *Padrão*, incluido en *Mensagem* —poemario en el que Camões tampoco es mencionado, y que por veces parece formado por un conjunto de epitafios—, Cão se presenta a sí mismo:

> O exforço é grande e o homem é pequeno.
> Eu, Diogo Cão, navegador, deixei
> Este padrão ao pé do areal moreno
> E para deante naveguei.
>
> A alma é divina e a obra é imperfeita.
> Este padrão signala ao vento e aos céus
> Que, da obra ousada, é minha a parte feita:
> O por-fazer é só com Deus [...][9].

Un *padrão* es una columna de piedra con un marco en el extremo superior, que lleva tallado el escudo de armas de los reyes de Portugal y una inscripción que identifica al *descubridor*. Diogo Cão, el primer navegante que usó este recurso, dejó un *padrão* en el cabo de Santa

8 Sobre la relevancia de Adamastor en el poema camoniano y sus implicaciones, *cf.* Figueiredo, João, «*Os Lusíadas* e a vaidade da poesia», en *Revista Colóquio-Letras*, n.° 155-156, enero de 2000, pp. 9-38.

9 Pessoa, Fernando, «Padrão», en *Mensagem*, Lisboa: Parceria António Maria Pereira, 1934. Citado a partir del ejemplar de la biblioteca particular de Fernando Pessoa, respetando su ortografía, disponible en: http://casafernandopessoa.cm-lisboa.pt/bdigital/index/index.htm

María, en 1482, a pocos kilómetros de la actual Benguela[10]. En esa acción histórica se origina la leyenda familiar de la cual son herederos tanto *Mbaxi* como Carlos Rocha. En la novela de Pepetela, el Sombrero es un peñasco que sirve como punto de referencia para los destinos de viaje de los personajes principales, prenunciando la demarcación de un espacio a ser ocupado en medio de un vasto territorio anónimo. Se trata, así, de un *padrão* natural erguido por el mar, con su peculiar forma de sombrero mexicano (anacronismo intencionalmente incluido por la voz narradora desde su propio tiempo), que marca el camino de la apropiación de un territorio por parte de aquellos que serán, más tarde, sus habitantes auténticos y originarios.

En la narrativa, Carlos Rocha (roca, en portugués), el hijo de Sebastião, es como una piedra sobre la cual se fundaría la casa del futuro: «[...] que tú eres Pedro [*petrus*, *cepha*], y sobre esta piedra voy a edificar mi Iglesia, y el poder del abismo no la vencerá» (Mateo, 16:18)[11]. Su desventura es la de la condición de un prófugo inocente, torturado por el miedo a ser esclavizado, y munido únicamente de las enseñanzas que su padre le legó cuando era lúcido, de la educación jesuítica, de su habilidad retórica y de una profecía que lo impele a evitar a toda costa a un hombre vestido de negro. Todavía, en su primer nombre podrán encontrarse reminiscencias de cualquier cosa que en él pertenece al campo de la autobiografía del autor, siendo que, a pesar de ser negro de piel, constantemente Carlos es llamado «blanco» por los personajes que encuentra en el camino. Algo semejante les habría ocurrido a los blancos nacionalistas durante la guerra de independencia de Angola, según Pepetela explora explícitamente en otras novelas, a los cuales les era negada su identificación nacional.

Por otro lado, Manuel Cerveira Pereira fue un histórico gobernador de Angola que llegó a figurar en los billetes que el gobierno portugués hizo circular bajo la forma del Banco de Angola a partir de los años veinte, y en la novela es un legendario vasallo del duque de Alba, gran caballero y vestigio de un tiempo de glorias bélicas. Como reverso de héroe paradigmático, Cerveira es un hermano literario del Pedro

10 Diffie, Bailey y George Winius. *Foundations of the Portuguese Empire 1415-1580*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1977, pp. 156-159.

11 *Cf. La Palabra*, versión hispanoamericana, Sociedad Bíblica de España, 2010.

de Valdivia de *La Araucana* de Ercilla y del peor Vasco da Gama de Camões —por ejemplo, el del final del Canto VIII—, todos valientes caballeros incapaces de gobernar, soberbios y crueles. En *El Sombrero del Sur*, por detrás de los modos austeros del gobernador, se asoma el dictador efectivo, vestido de pobreza y aparentemente piadoso, que habita un obstinado monólogo de autojustificación en el que se concluye siempre que el uso de la fuerza es el deber de los valientes y de los ungidos. Resplandece así, desde la colonia del siglo XVII, un prenuncio de António de Oliveira Salazar, el casto estadista. Con todo, Cerveira no es un Salazar mal disfrazado, y los destellos que del dictador del siglo XX emanan para iluminar el pasado están esparcidos entre varios personajes, haciendo de su presencia una fantasmagoría atemporal.

En suma, con estos personajes Pepetela finge un texto de época en el que la radiografía de una sociedad decadente resulta embrión de una sociedad futura que se debate entre la promesa de prosperidad y el acabose de la civilidad. Aprovechando diferentes fuentes, algunas de las cuales que se presentan como históricas pero que brillan por su posible infidelidad y notable exageración[12], el autor cuenta la vida privada de la colonia a partir de casos domésticos plagados por la mezquindad de los más básicos intereses individuales, en ficciones que podrán recordarle al lector latinoamericano el contenido de *El Carnero*, de Juan Rodríguez Freyle, lo cual parece corroborar que se está lidiando con personajes-tipo que habitan los conceptos mismos de *colonia*, *nación*, *civilización* y *barbarie*, tanto en África como en América. Usando este mismo instrumento, la novela abre campo para el debate sobre múltiples asuntos sociales de notable actualidad, como la configuración de la feminidad y la masculinidad, la aculturación y la instrumentalización de la religión cristiana en la formación de sociedades occidentales. Las narrativas de *El Sombrero del Sur* transitan el mapa de la imprecisión historiográfica, y así como el anacronismo intencional sugerido por el nombre del *padrão* natural: el Sombrero, por momentos en la novela otras referencias topográficas se alternan y un personaje que era primo resulta siendo cuñado, todo esto —tal vez—

12 Sobre el uso de algunas fuentes y las implicaciones ideológicas de estas decisiones *cf.* Rothwell, Phillip. «Nostalgia an Misrepresenting Jagas: Pepetela's Strategies for Dealing with Failure in *Crónicas com Fundo de Guerra* and *A Sul. O Sombreiro*», en *Luso-Brazilian Review*, vol. 50, n.° 2, 2013.

con el fin de llamar la atención del lector para participar de una tarea cuya relevancia depende del acto mismo de la lectura.

Los personajes de esta novela de Pepetela —pseudónimo que afirma precisamente un proceso de substitución de filiación lingüística— encarnan una paradoja recurrente. Muchos guardan un secreto, disimulan sus orígenes y disfrazan sus desgracias para evitar que lo interior se manifieste públicamente, y, no obstante, todos se ven forzados, en diferentes medidas, a presentarse y contarse. En los dos casos referidos aquí con más detalle, padre e hijo, sus nombres ponen en un primer plano aquello que ellos mismos no podían conocer de antemano. Esta paradoja representa una trasposición temporal en la cual comprender el actuar de los personajes por parte del lector, e incluso en su autoconciencia, precede su autoafirmación, estando precisamente en dicho origen el valor hereditario que el actuar individual pretende relegar a un segundo plano. En la novela esta acción negativa está representada por la intención de derogar la confirmación de una filiación genética al hallazgo de una osamenta mal enterrada. La metamorfosis que desarrolla *El Sombrero del Sur*, en el viaje al sur, es una construcción sobre el pasar de huesos de leyenda a piedras materiales, y también del estado decadente del cuerpo a la posteridad: *Ossa lapis fiunt*, recordando a Ovidio, *paragone* de Camões[13].

La composición de la novela, en cuanto literatura, también es de esta especie. La independencia de la nación angolana que permite que esta narrativa particular también sea una narrativa nacional —en los términos de Bhabha— no se verifica en principio independiente. Como notó Phyllis Peres, reconocer esta tensión es una necesidad para la lectura poscolonial:

> If we read Pepetela and other contemporary Angolan writers through postcolonial theory, we must recognize that narrative tactics of resistance, subversion, and mimicry are always two-sided and haunted with the inescapable contradiction that resistance practices are inscribed with that which is resisted[14].

13 «His bones are changed to rocks», Ovídio, *Metamorfoses*, IV, vv. 660, traducción de Brookes More, citado a partir de: http://www.perseus.tufts.edu.

14 Peres, Phyllis, «Traversing PostColoniality: Pepetela and the Narrations of Nation», en *Luso-Brazilian Review*, vol. 40, n.º 2, edición especial: Luso-Brazilian Studies in the New Millenium, invierno 2003, p. 116.

Aun sin nombrarlos, dos nombres estatuarios de la literatura portuguesa, Camões y Pessoa, son irrevocablemente llamados a la escena para componer el lugar de lo que es escrito en el presente a partir de aquello que resignifica y revitaliza la escritura precedente. Pepetela incluye una innovación en la serie, un elemento desconocido por los antiguos —Camões y Pessoa— y esa innovación puede ser sintéticamente personificada. Traduciendo las palabras de Bhabha, es en el «ojo de la mente» individual (su conciencia de sí) el lugar en donde la posible nación contada se reivindica como relevante y como actuante. Por eso la historia de la nación también es una autobiografía, y, como argumentó Paul de Man, la autobiografía está escrita bajo el signo de la prosopopeya[15]. Pepetela, con su escritura, se afirma individualmente tanto como escritor de literatura y como voz colectiva de la nación: literatura angolana. La inscripción puede entonces ser leída: *yace aquí un autor angolano; un autor de Angola*.

JORGE URIBE
Belo Horizonte, octubre del 2015

15 De Man, Paul «Autobiography as De-facement», en *The Rhetoric of Romanticism*, Nueva York: Columbia University Press, 1984.

El Sombrero del Sur

1

Manuel Cerveira Pereira, el conquistador de Benguela, es un hijo de puta.

El más grande hijo de puta que pisó esta miserable tierra. Pisó en el sentido figurado y en el literal. Pisó, aplastó, desgarró, corrompió, despedazó. Lo de hijo de puta, admito que sea apenas en sentido figurado, pues de su madre poco sé. Dicen que hasta fue una esmerada señora y de bien. Sin embargo, quien tal cocodrilo dejó crecer en el vientre tampoco debía ser paloma, afirman los entendidos. ¿Pero merezco yo, desgraciado padre, juzgar el vientre de las doñas bien casadas?

Vientres no se juzgan, dan frutos, algunos podridos.

Soy sacerdote. De rito católico. La vida peligrosa me hizo así. Tal vez no el corazón, que es más de judío. Entre tanto, en estos pesados tiempos de los buenos reyes felipes de España, ¿quién quiere ser judío? Peor aún, ¿quién puede ser judío? Mi prudente bisabuelo, de nacimiento Jacob, incluso antes de verse forzado, cambió el apellido a Oliveira, y por eso me llamo Simão de Oliveira[1]. Cristiano-nuevo, marrano, claro. Pero pocos lo saben. Y mi orden aceptó el ingreso y me formó despachadamente, ¿qué más iba a hacer?, dada la falta de vocación religiosa entre los linajes peninsulares, todos atraídos por la fortuna de las Indias y de Brasil, enviando para allá a sus retoños más prometedores, los otros vegetando en los palacios. O en las calles. Los superiores siempre supieron de mis orígenes, pero ya no es crimen tener procedencias hebraicas, crimen es conservar las antiguas lealtades de creencia. Si creemos en todo lo que dicen. Y yo soy como todos los otros, traicionamos nuestra religión milenaria para salvar el cuello, traicionamos al Dios del verdadero Libro, para besar los pies

1 Esta traducción optó por mantener la grafía portuguesa de los nombres propios, con excepción de nombres de origen español. Además, las palabras que aparecen en itálicas corresponden a expresiones propias del portugués de Angola, y remiten a un glosario que se encuentra al final del texto. (Nota de los traductores).

del dios pequeño del nuevo libro, el que habla de bondad, perdón e indulgencia. Como si un Dios verdadero perdonara las ofensas y no destruyera con un gesto ciudades enteras de pecadores. Como si un Dios verdadero fuera indulgente con los traidores, los idólatras, los ingratos, sin transformarlos en estatuas de sal. Solo porque un desgraciado fue sacrificado en una cruz, diciendo ser su hijo, el dios pequeño de las causas justas, ya todos aceptaron la hipocresía de rezarle al dios del amor para practicar en la tierra las mayores atrocidades contra sus semejantes y desemejantes. Al menos el Dios verdadero decía, y obligó a grabar esto con fuego sobre la piedra, quien a hierro mata a hierro muere, ojo por ojo, diente por diente. Así es que hay que hablar, nada de remilgos y perdones sin sentido, quien tiene poder, poder de verdad, sabe usarlo con furia, con rencor, sin perdón ¿Estaré con eso justificando a Manuel Cerveira Pereira, el bruto impío?

Duda insoportable.

No puedo defender en público ideas religiosas tan peligrosas como las que acabo de exponer. Apenas guardarlas en los rincones del silencio temeroso, como hicieron mi abuelo y mi padre, ese tal agiotista de Lisboa, que tenía una banca de empeños a los pies del castillo, banca heredada de sus abuelos y bisabuelos, escapando a todas las matanzas que siguieron a los edictos de los reyes católicos de Portugal, imitadores baratos de los de la sangrienta España, hasta que mis parientes terminaron por postrarse cagados de miedo en la Iglesia de São Domingos, dándose golpes vigorosos en el pecho arrepentido. En esa iglesia donde antes los sacerdotes de la misma orden habían incitado al odio y a la venganza contra los nuestros, provocando impávidamente la carnicería que luego ocurrió en Lisboa. Tal vez en ese entonces mi abuelo haya señalado a un antiguo compañero que se negó a cambiarse a la nueva religión, ¿queréis a un judío?, ahí lo tenéis, Isaac.

Efectivamente, no hay familias inocentes.

Tal vez volveré a hablar de masacres semejantes y a propósito del objeto de mi odio, Manuel Cerveira Pereira, el conquistador de Benguela. Pero en otro punto de este relato visceral, rencoroso, vengativo.

Y perplejo.

Dice él, Manuel Cerveira Pereira, que nació en Ponte da Barca, sea eso donde quiera que sea en el pequeño territorio junto a la gran España.

No tiene importancia, pero incluso ese detalle, por más insignificante que sea, puede ser falso. Todo en él suena falso. ¿Quién me garantiza que no nació en Arraiolos o Alcaídes? ¿O hasta en la dignísima villa de Águeda, donde por contraste nacerán más tarde dos grandes hombres, honrando a la villa y al nombre? Espero en verdad que haya sido en Ponte da Barca, para no confundir el moho con el pan viejo. Asegura él haber nacido en esa ignota tierra y no me interesa. Puede ser. Que se pudra. Él y la tierra en la que fue parido. Y más aún aquella en la que va a morir. Pues su cuerpo, incluso putrefacto de muerto, puede contaminar la región con el pus maléfico expelido por sus bubones. Nada peor para la naturaleza que los fluidos salidos de un mal cuerpo, y encima infestado por un alma ruin. Pena es que no se haya quedado en Ponte da Barca antes de nacer. Un aborto que le ahorraría muchos trabajos y maldades al mundo. Uno de los dioses no lo quiso así, o el Verdadero o el pequeño, ¿qué importa? Me inclino más por el pequeño, tan solo hace el mal con su bondad intrínseca, esa manía insana de salvar a todo el mundo del horror del pecado, como lo es morir sin bautismo. Pero ya no habla el antiguo judío, sino el católico profesional. Porque esto de ser sacerdote católico en África es una profesión rentable, un simple negocio, nunca una devoción desinteresada.

Las devociones fueron tragadas por el tráfico de esclavos.

Pertenezco a la orden de los franciscanos. Por eso nunca podría ser el jefe de la Inquisición en Benguela, si aquí estuviera instalada. Sería muy largo de explicar, y no soy el mejor dotado para hacerlo, pero la orden de los dominicos ganó provisoriamente el combate a muerte contra las otras, en especial la de los jesuitas, esos cuasi-herejes que detentan el poder a través de la instrucción, y contra mi organización, hecha de frailes mendicantes y pobres. Bueno, no todos viven de limosnas, sobre todo en esta tierra que es fuente de esclavos, siempre con posibilidades de negocio, ¿pero a quién le importa? La jugada de los jesuitas es buena, forman a las élites y naturalmente se quedan con la influencia posterior. ¿Quién es el individuo criado en una escuela que después la reniega, cuando debe repartir las ventajas políticas y patrimoniales? De hecho, la Compañía de Jesús comienza a gozar de gran influencia en Luanda, por formar a sus élites, sean las de los blancos, sean las de los mulatos o los negros. Pero también cría anticuerpos. Y nosotros, los otros, los iletrados, pobres, nos beneficiamos

de ello. Sobre todo los dominicos, esos seres tortuosos por excelencia y dados a ganar las jugadas más sucias en oscuras encrucijadas. Todos los principales inquisidores peninsulares hoy salen de esa orden, según dicen los más instruidos. Es la manera como el papa puede equilibrar las influencias, pues nuestra orden goza de su amor bondadoso y el de los cardenales, pero hasta ahí, se queda solo en el amor blando, los beneficios van para los otros. El aspecto feliz del asunto es que la Santa Inquisición no existe de forma oficial en Benguela. Ni en el Congo o en Angola, los restantes reinos al norte. Eso implica menos espionaje sobre nuestros actos y pensamientos. No obstante, a pesar de la inexistencia local del Santo Oficio, los memoriales que enviamos al Vaticano son leídos atentamente y algunas acusaciones provocan procesos encubiertos. Aunque los de los dominicos resulten más creíbles a los ojos de la Santa Sede, tal vez porque ellos ganaron una experiencia insuperable en denuncias venenosa, nuestros memoriales también van haciendo allá su camino laborioso. Todo con el mayor sigilo, como se debe. Hubo incluso un obispo, obispando sin vergüenza por partes de África más cercanas a Marruecos, que fue llamado a Europa y allí condenado por no respetar las sagradas enseñanzas de la Madre Iglesia, acabando con la cabeza a algunos metros del cuerpo. Curiosamente, no fue quemado en la hoguera, como es costumbre en la santa casa, sino degollado.

¿Por ser obispo? Hay privilegios.

Por mi parte, no tengo poderes para hacer cortar una cabeza. Mis argumentos contra el criminal que se hace llamar nuestro gobernador cayeron hasta ahora en saco roto, fue preciso tomar medidas locales.

Infelizmente de dudoso resultado.

Pero me estoy adelantando al relato de los hechos, un inconveniente para la comprensión. Resumiendo, mi objetivo es rectificar las insuficiencias del Santo Oficio, y aquí, en letras escritas con esmero y sacrificio, hacer justicia terrenal y divina al conquistador de cuerpos en nombre del rey de España y Portugal, don Felipe, como su antecesor, denunciando al gran criminal y pecador llamado Manuel Cerveira Pereira.

Este hidalgo, muy seguramente hidalgo de papel y no de sangre, pues su ruindad más parece la de un bastardo de macho cabrío y gallina, consiguió por ciertas influencias arrebatar el gobierno de Angola en 1603. No por mérito sino por falta de otro noble y por acciones torpes ejercidas en nombre del monarca, su gran protector. Quien tiene a un

rey como guardaespaldas no necesita de paravientos. Tales honras se le subieron a la cabeza de forma intempestiva, llevándolo a cometer todo tipo de despropósitos, incluso a burlarse de símbolos sagrados.

Pasemos a algunos hechos.

Cerveira era apenas un capitán del ejército, sin duda valiente y con una buena hoja de servicio, secundando a un español degradado, capitán-mayor. El gobernador João Rodrigues Coutinho, con quien Manuel Cerveira Pereira vino desde Portugal, murió menos de dos años después de llegar, con las fiebres. Mientras que el rey no nombraba otra jefatura para la colonia de Angola, quedaba al mando el capitán-mayor o quien fuera elegido por los principales cabos de guerra, padres y conquistadores más antiguos. Era poco lo que el nuevo gobernador mandaba, pues la colonia era aquel remedo de villa llamada Luanda y un territorio más a lo largo del Kwanza que casi cabía en la palma de la mano. Pero Cerveira tenía ambiciones de clavarle las uñas al ridículo territorio, conquistado porque se decía que había inmensas minas de plata en el curso del río. Se movió en las sombras. A unos decía, ¿cómo tragarnos eso, un rey español y encima un gobernante español? Y este candidato a gobernador no pasa de ser un degradado que sacaron de la prisión porque no encontramos más gente para hacer la guerra en África. A otros decía, cínicamente, debemos obedecer al capitán-mayor, a pesar de ser español y degradado por matar a veinte personas inocentes. En alguien que decía ser tan fiel partidario del rey Felipe y a favor del domino castellano sobre Portugal, habiendo conquistado beneficios por andar besando las enaguas del soberano en la Corte y haciendo guerras en Flandes con el duque de Alba, a quien él llama su maestro eterno, estas afirmaciones solo denotan mal carácter e hipocresía. Hasta hoy no se ha descubierto cómo fue que apareció el capitán-mayor apuñalado en un descampado oscuro, en la subida de un barranco, abrazado a un cactus candelabro, en Luanda. Para mí, fue Manuel Cerveira Pereira el cerebro escondido en medio del ejército de Massangano, pero calla boca, únicamente los mudos tienen larga vida. No tengo pruebas, no obstante, ¿a quién favoreció el homicidio? El asesinato del español llevó a Cerveira al cargo de capitán-mayor y por lo tanto al de gobernador interino.

El relato merece ser contado con algunos detalles. Manuel Cerveira Pereira jamás escondió la amistad tejida con los hipócritas jesuitas,

los verdaderos jefes del territorio, pasando en su retiro la mayor parte del tiempo ocioso en Luanda. Conspirando, evidentemente. ¿Qué sabe hacer un jesuita cuando no está en misa y en velorios? Incluso allí conspira. Contra Dios, contra el rey, contra los hombres, hasta contra los perros puede conspirar. Pues bien. Muerto el gobernador Coutinho de enfermedad en la selva, y seguidamente el capitán-mayor español en la villa de Luanda, un padre de la Compañía de Jesús, llamado Jorge Pereira, se puso inmediatamente a gritar en Massangano diciendo que João Coutinho, antes de dejar esta vida miserable, había dejado en su escritorio de la guarnición, cerrado y lacrado, el nombre de su sucesor. Y que este era Manuel Cerveira Pereira. Los capitanes andaban muy agitados, disputándose entre sí y con los antiguos conquistadores los despojos del extinto gobernador, pues eran apetitosos, pero ante ese nombre se apaciguaron, callando despechos y escondiendo riquezas. No se callaron por respeto, sino por temor. Pues era conocido el temperamento irascible y disoluto del jefe designado por los jesuitas. Venían malos tiempos y todos lo sabían, nadie era ingenuo. Pero cada uno se acomodó, para ablandar el golpe anunciado o para extender la mano a la fortuna corrupta.

Manuel Cerveira Pereira, si ya antes era temerario y tempestuoso, con el poder se volvió un animal feroz y sediento, al que todo estaba permitido. Yo estaba entonces en la villa de Luanda, hoy ciudad, sé de lo que hablo. Algunas cosas las vi, otras me fueron contadas en la frescura de los claustros, en nuestra tranquila residencia, más tarde convento, al final de la Ciudad Alta, en donde la propia brisa del atardecer llevaba el seseo de noticias sigilosamente, nunca a trompetear informaciones como un heraldo antiguo.

Las lecciones de la brisa nunca se olvidan.

Ni las de los claustros.

2

[Los claustros del convento de São José de los franciscanos fueron eliminados cuando, en el siglo xix, dieron lugar al hospital Maria Pia, que hoy tiene otro nombre oficial pero que continúa siendo uno de los más importantes de Luanda. También el antiguo colegio de los jesuitas cedió su lugar al arzobispado, pegado al palacio presidencial. No obstante, permaneció la Iglesia de Jesús, la más antigua de Luanda y con la fachada característica de los jesuitas. Se convirtió en la Sede de la ciudad ya después del año 2000. Durante los siglos xvi y xvii, otras varias iglesias, conventos y edificios públicos fueron construidos en el espigón que hay entre la fortaleza de São Miguel y el antiguo convento de los franciscanos, formando aquello que aún hoy se llama la Ciudad Alta, actualmente como antes, el centro del poder político. Otrora también era el centro del poder religioso.]

Cuando Manuel Cerveira Pereira ascendió, por mérito o por intrigas religiosas, al cargo de capitán-mayor y por lo tanto a gobernador interino, todavía no existía el convento de São José, apenas una modesta ermita, y tan solo el año siguiente comenzarían las obras del colegio y la iglesia de los jesuitas, que él ayudó a construir echando mano de sus haberes y sobre todo del erario público. Pero se trataba de una obra meritoria, pensaron algunos de los más neutrales dentro de las particiones del poder, porque los miembros de la Compañía de Jesús eran reconocidos profesores y hombres severos. Aquella conquista de Angola era tan enclenque desde el principio que se necesitaban hombres verdaderamente rígidos. Por eso también Cerveira Pereira fue aceptado por los colonos y conquistadores antiguos e influyentes, por parecer ser el más inflexible y austero de todos. Alto y flaco, vestía siempre de oscuro, barba puntiaguda, cabellos largos mal peinados y bigotes encanecidos pero estirados y atrevidos. Andaba muy derecho, a caballo y a pie, sacando pecho de su hidalguía, una espada reluciente chocando contra sus muslos. Y su presencia se hacía sentir regularmente en la primera

fila de la misa de los jesuitas, dando a entender que comprendía todo el latín del ritual.

Frecuentaba la Corte por mérito propio, solía decir.

Los que de él dudaban pronto tuvieron que reconocerlo, debía sin duda ejercer algunas influencias en España. Tal vez por haber combatido en las guerras que el padre de Felipe II, y él mismo, iniciaron en los Países Bajos, provincias indefinidas que eran tanto holandesas como belgas. Había servido directamente al más prestigioso cabo militar de Carlos V y Felipe II, el temido duque de Alba. Y había oído algunas opiniones del duque sobre cómo se gobiernan imperios tan poderosos como España, que representaba un mundo complejo, dividido en naciones y provincias variadas, gobernadas por soberanos austriacos, primos de todos los aristócratas de Europa. Ninguna nación podía presumir, la sangre de mi rey es la mía pura. Los reyes muchas veces ni siquiera hablaban la lengua del país gobernado. Las cosas no pasaban como aquí en África, donde el jefe siempre es alguien conocido por todos los responsables y comulga en la misma forma de ver las cosas, y hasta baila de forma semejante. Aprovecho la ocasión para meter con toda solemnidad mi afilada garra, seamos condescendientes con los modos y hábitos de los europeos, para que no parezcamos copiar de ellos la falta de comprensión e incluso el desprecio que siempre demostraron hacia nuestras costumbres.

Cuando conversaba entre amigos, el propio gobernador decía estar chocado por nuestra falta de educación, pues aquí el hijo nunca hereda del padre, sino del hermano más viejo de la madre. Y renegaba, manada de salvajes, consideran más cercano al tío que al padre. Por lo tanto, estaba de acuerdo con los intentos de imponer en el Kongo como reyes a los hijos de los reyes, algo que solo consiguieron con cañones y con la presión insoportable de los sacerdotes católicos sobre los aristócratas kongoleses. No comprendía: el sobrino es con toda seguridad de la misma sangre que el tío materno, siendo que el hijo proviene obviamente de la madre, pero ¿cuál es la seguridad con respecto al padre? Lo aceptamos, pues nació en casa de un hombre y asumimos por principio de vida que el niño que nace en un matrimonio es hijo del marido. Y se acabó. Pero podemos dudar, ¿quién sabe por dónde anduvo nuestra mujer? En cambio el tío sabe perfectamente, aquel niño que nació de su hermana solo puede venir de su misma sangre,

el origen de los tres siendo la misma mujer, la madre del tío. Por lo tanto, el sobrino debe ser su heredero. Que los europeos se queden con la duda, nosotros siempre estamos seguros de nuestros orígenes, basándonos en los lazos familiares de nuestras madres. Eso es algo que los padres y los gobernadores portugueses nunca se esforzaron por comprender. O entonces tenían miedo de comprenderlo demasiado bien, y nunca lo aceptaron, por poner en duda su propia paternidad. Con esas ideas e imposiciones iban debilitando al Kongo, royéndolo por dentro como hacen los ratones o las hormigas salalé. Y la esperanza del gobernador era debilitar de la misma manera al vecino reino de los Ngola. Se informó acerca de muchos detalles con los padres, habiendo vivido en el Kongo y ahí conspirado. Siempre estaba atento a quién podía dar sugerencias que sirvieran a sus ambiciones.

Por eso prefería a los de la Compañía de Jesús, los mejores maestros.

Andaba cavilando sobre esos *mambos*, mientras recorría el arenal rojo fuera de la fortaleza, con dos guardias armados atrás. Decidió visitar al vicario, un adjunto del obispo del Kongo, con soberanía religiosa sobre el reino de Angola. Necesitaba recorrer cuatrocientos metros, que eran dolorosos a causa del calor de febrero en medio de la tarde. Tenía cierta prisa, por eso enfrentaba el sudor que goteaba por su traje oscuro de paño grueso y se acumulaba en las botas altas. Había superado más de dos años de campañas militares en el interior, pero no había nada que hacer: las ampollas no le abandonaban los pies. Ampollas que después reventaban en dolores casi insoportables. Lo sabía, era por hacer largas caminatas con las botas altas en el calor sofocante. Los pies le bailaban dentro de las botas, ahogados por el sudor acumulado en el fondo, generando las ampollas. El barbero ya le había explicado, era cuestión de tiempo. Lo cierto es que la gente que había llegado hacía apenas unos meses ya no se quejaba, y él seguía siempre con las ampollas que le dificultaban la marcha. Nadie lo notaba, pues era demasiado orgulloso como para mostrar cualquier debilidad y evitaba cojear. Tampoco usaba otro tipo de calzado, más liviano y fresco, como hacían los franciscanos. Las botas de montar eran signo de su condición de caballero y más importante que todos los dolores era mantener la insignia de la nobleza. La humildad de andar descalzo iba bien al peregrino y al hombre atormentado por sus pecados. Y a

los negros. Nunca a un hidalgo de su majestad Felipe de España. Solo el barbero sabía de su tormento, pues también era el cirujano de la tropa. El barbero también sabía otra cosa, explicada con el filo de una navaja clavado en el cuello, si ponía a correr la noticia de las ampollas sería hombre muerto. A Manuel Cerveira Pereira no le gustaba hablar mansamente, entraba de inmediato y directo a los asuntos. Si le cuenta a alguien, por más íntimo y cuidadoso que sea, incluso a su confesor, yo lo sabré. Y le meto sin dudarlo este puñal en el cuello. Por eso tráteme los pies y cierre para siempre la boca sobre el asunto. Cosa que el pavorido barbero cumplía religiosamente, cada vez más aterrorizado a medida que el tiempo pasaba y su comandante no daba muestras de mejoría. Tarde o temprano se iría contra el curandero, considerándolo incompetente o incluso saboteador. El pobre barbero, acostumbrado a poner la navaja en el cuello de otros, ya sentía el suyo cortado por el puñal del hombre de negro. Claro, el gobernador empleaba el caballo cada vez que podía y evitaba largas marchas a pie. Sin embargo, bastaba que apretara el calor para que protestaran los pies. Él había recorrido los pantanos salados de Flandes y de Francia, había atravesado casi media España y Portugal al lado de su caballo, sin nunca haber tenido estos problemas. En África era un desgraciado. Incluso en el tiempo más fresco, que iba de mayo a septiembre, las ropas pesadas y las botas gruesas eran suficientes para martirizarlo. Por eso hasta había vacilado al salir para hacerle la visita al vicario. Lo obligaba la importancia de la misión. Y no era conveniente llamar constantemente al padre a la fortaleza. A pesar de dudar del resultado, debía tantear las gracias del sacerdote, ya que el obispo había escrito al Vaticano, intrigando en contra suya, el indebido captor del poder en Luanda, en la opinión de su eminencia. De vez en cuando podía convocar al vicario, pero sin abusar. Un gesto de delicadeza tan solo podía estar bien, sobre todo si iba a pedir un favor.

El gobernador anterior había utilizado la casa de bareque cerca de la Compañía, que más tarde se llamaría palacio, muy sombreada por árboles frondosos, mulembas. Él prefería dormir en la fortaleza, entre sus soldados, al abrigo de los cañones. Además, no había estado en Luanda sino por unos escasos días, siempre metido en las guerras de la selva. Por un lado, en la fortaleza controlaba de cerca a la tropa. Por otro, recibía amparo contra posibles conspiraciones.

El único que no desconfía es el santo.

El vicario dio exageradas muestras de gratitud por la honra de la visita. Manuel Cerveira Pereira fingió no caer en cuenta de la hipocresía y respondió que era normal hacerlo. Aunque era nuevo en la ciudad, ya había sido visitado por todos y era su turno de retribuir las gentilezas. Y traía asuntos confidenciales que tratar. Su gabinete en la fortaleza garantizaba seguridad, como es obvio, no obstante, prefería conversar con él fuera de sus puertas.

—De hecho traigo dos asuntos. El primero es el del padre Tomás Peres. Recibí copia de la Corte, el rey no lo quiere acá. Creo que el señor obispo ya recibió la notificación.

El vicario se sorprendió. Es más, parecía súbitamente receloso.

—Disculpe, Vuestra Excelencia. Pero del Kongo no me informaron de nada. Tal vez el señor obispo no haya recibido todavía las voluntades de Su Majestad.

—Yo estaba en el interior del territorio, como sabe…

—Logrando grandes victorias, como ya tuve ocasión de felicitarlo, señor gobernador.

Cerveira alejó con la mano los cumplidos, en señal de modestia.

De hecho, no habían sido pequeñas victorias. Después de que el gobernador en ejercicio se volvió capitán-mayor, avanzó contra el *soba* de Kafuxi, uno de los más fuertes y temidos en las cercanías de Kambambe, en donde estaban las minas de plata. Lo derrotó en batallas sucesivas. Con esa victoria no solo se acercó a las montañas de plata, sino que se apoderó de millares de esclavos. E, importante consecuencia, mereció el respeto del grande Ngola Kiluanji, pues desde hacía mucho Kafuxi se negaba a obedecer al rey de Ndongo. Ahora los hombres del gobernador construían la fortaleza en Kambambe, a donde pronto regresaría, después de despachar los asuntos que requerían su presencia en Luanda. Después, era tan solo recoger la plata. La mayor parte para él, una pequeña parte para el rey. Así era el negocio. Ya habían estado escavando y había buenas promesas. Traía unos pedacitos de roca en el bolsillo, solo para sentirlos acariciándole las piernas al andar. Un placer casi tan sensual como rozar el muslo de una mujer.

—Sobre el padre Tomás Peres… —retomó Cerveira Pereira— las órdenes para el obispo del Kongo y la copia para mí llegaron a Luanda en el mismo navío, el *Albatros*. De aquí el barco siguió hacia el Pinda. Incluso sé que ya regresó al reino. Por lo tanto, es imposible que el obispo no haya recibido las órdenes. Y es perfectamente verdad que los obispos solo deben responder al Santo Pontífice. Pero, en el fondo, todos lo sabemos, son señalados por el rey. Y están obligados a seguir las orientaciones del rey en todo lo que concierne al buen gobierno de los territorios. Yo no quiero insistir. No obstante, como se trata de un marrano… es difícil esconder la presencia de Tomás Peres en esta villa de Luanda.

—Señor gobernador, no sé de nada, la correspondencia fue directamente al Kongo. Pero estoy dispuesto, claro, a cumplir los deseos de Su Majestad. Aunque la orden de embarque solo la puede dar el señor obispo…

—Su Majestad manifiesta una gran incomodidad porque la mayor parte de los sacerdotes aquí en Angola y en el Kongo provienen de la nación de los hebreos. Tiene algunas dudas sobre su lealtad y su verdadera religión. Unos están más escondidos, pero otros, como es el caso de Tomás Peres… no hay ninguna duda, tienen sangre judía. Y la madre está en la cárcel de Oporto por haber sido atrapada en pleno culto de judería. Hijo de judía, judío es. Según los documentos que recibí, no hay sombra de duda. ¿Por qué motivo el señor obispo no cumplió inmediatamente la orden de Su Majestad y no lo envió en el *Albatros*? ¿O en otro barco que haya partido desde entonces?

De hecho hacía mucho calor. Mientras tanto, el sacerdote se sofocaba y se derretía en sudor. ¿De calor? ¿De miedo? ¿De culpa? Cerveira estudiaba sus ojos, siempre huyendo de los suyos. Era una caza, una lucha contra un toro que se escondía bajo la capa de un zorro. Poco importaba, zorro o toro, sintió que tenía al animal bien dominado. Se recostó en la silla, movió el pie derecho suavemente dentro de la bota, sintiendo el dolorcito en medio del líquido. Este vicario también debía ser «de la nación», como eran denominados los judíos. Si llegó a vicario es porque tenía muy bien camuflados sus orígenes. No tuvo tiempo de informarse con sus amigos de la Compañía de Jesús, pero dudaba mucho de las buenas relaciones entre ellos y el vicario.

Había sido nombrado por el obispo, fray António de Santo Estêvão, muy reciente en África, franciscano, que era un feroz enemigo de los jesuitas. Por eso le daba placer hurgar en la herida abierta, observar cómo los pensamientos del vicario se reflejaban en sus ojos fugitivos y atemorizados. No sabía que tenía ojos muy fáciles de leer por alguien perspicaz.

—Señor gobernador, si me da la orden, yo pongo al padre en el primer barco. ¿Pero no sería mejor que yo le escriba primero al señor obispo pidiendo su autorización? ¿Qué le parece?

Venía en misión de paz. Tenía un pedido que hacer. Por lo tanto, hacer una concesión solo le parecía apenas justo. Habría mucho tiempo para investigar los orígenes del vicario y sus lealtades. Ahora estaba en posición de saberlo todo sobre los habitantes de la conquista, bastaba poner a los alguaciles a investigar, las personas adoraban hablar sobre la podredumbre ajena. Y un gobernador actúa según la información, pero con toda la tranquilidad.

—Escriba entonces a São Salvador del Kongo. Esperemos la respuesta del señor obispo. No quiero imponer nada contra los procedimientos normales de la Iglesia.

El vicario suspiró de alivio. No perdió el aire preocupado, pero se relajó un poco, se recostó hacia atrás en la silla. Luego un fugaz brillo le cruzó la mirada.

—Nuestra casa es pobre, señor gobernador, pero tenemos muy buen licor de naranja. ¿Aceptaría un cáliz?

—Con agrado, señor vicario, con agrado. Aunque este calor no dé muchas ganas de ello.

—Es el peor mes del año en esta villa de São Paulo.

Sorbieron el licor, conversando trivialidades como el clima caliente y la falta de retoños verdes en esta tierra tan prometedora. Después el gobernador se inclinó hacia adelante en su silla.

—Tengo algo qué pedirle, señor vicario. Es sobre el padre Jorge Pereira. Como sabe, él siempre ha acompañado las guerras. Está ciego, totalmente ciego. Si dice la misa es porque la sabe toda de memoria. No puede leer nada. Y se expone a grandes peligros, ciego, andando por entre las breñas. Pido que acelere su regreso a Lisboa. Es un acto de piedad cristiana.

Se trataba del mismo jesuita que se había quedado con el nombre del sustituto de João Rodrigues Coutinho, en caso de que este falleciera, y que indicó a Manuel Cerveira Pereira como siendo el elegido del difunto. El vicario tuvo un primer gesto de haber recuperado el aplomo perdido. Le pasó brevemente por la mente la tentación de regatear un poco, negociando futuros apoyos del gobernador. Luego el ceño fruncido de Cerveira Pereira lo trajo de nuevo a la realidad. Los responsables de la Compañía ya habían solicitado la sustitución de Jorge Pereira, y si lo hacían era más por una cuestión de respeto hacia las jerarquías de la conquista, pues podían insistir directamente en Roma o en Madrid. Las órdenes religiosas tenían gran autoridad sobre sus sacerdotes, sobre todo los jesuitas. Esta autoridad les permitía meterlo en un barco y decir después que se trataba de un motivo de fuerza mayor. Y el caso de la ceguera del padre era bien conocido. Solo no se entendía cómo fue que logró tan rápido, sin visión, dar con el papel en que el extinto gobernador había escrito el nombre de Manuel Cerveira Pereira como su sucesor, pudiendo proceder casi como si se tratara de un milagro. No obstante, frente al ligero aire de amenaza del gobernador en ejercicio, el vicario recogió las uñas, endulzó el semblante, suspiró piadoso.

—Pobre padre Jorge Pereira, cómo ha sufrido. Agradezco a Su Excelencia que se preocupe por él. Es sin duda uno de nuestros más queridos y mejores compañeros. De hecho ya escribí a la Mesa de Conciencia en Lisboa, con copia para el señor obispo y para la Compañía de Jesús. Esperaba apenas la autorización. Pero si el señor gobernador considera que peligra su vida, y por lo tanto hay urgencia, sería mejor para él venir ya a Luanda y lo embarcamos tan pronto tengamos transporte y su salud lo permita. Yo asumo la responsabilidad frente a la Iglesia.

—Se hará como usted dice. Avisaré a los padres de la Compañía para que lo llamen a Luanda a aguardar su embarque. No será muy complicado,

pues él no tiene ninguna pertenencia. Apenas su cuerpo y un alma grande.

—Algunas piezas tendrá para su comodidad… —dijo el vicario, melifluo.

—Pues le informo que no. Ni un esclavo. Suya es solamente la ropa sobre su cuerpo. E incluso esa ni sé si le pertenece a él o a la Compañía. Ese hombre es un santo. Recemos para que vengan muchos como él y así rápidamente esta conquista estará toda en la fe de Cristo.

Y con tan solemnes y pías palabras se despidió el gobernador, satisfecho con la conversación, en todos los aspectos. Más tarde cayó en la cuenta de que no agradeció el compromiso del vicario de despachar al padre ciego. Mejor así, no me rebajo con gratitud frente a este asqueroso padre, solo puede ser un marrano.

El vicario permaneció observándolo subir, cojeando de forma controlada, la ligera ladera que llevaba a la fortaleza. ¿Qué quería el escorpión? El asunto del padre Jorge Pereira es banal, no sería el motivo. Y tampoco hacía falta que se incomodara para despachar a Tomás Peres. ¿Vino a decirme que sospecha de mis orígenes? ¿Vino a intimidar, pórtate bien que sé quién eres? ¿O habrá sido un aviso al obispo? Sí, las palabras y las dudas estaban dirigidas a él, no a mí. Aquel fray António tampoco es maleable en sus posiciones, estuvo hablando en Mbanza-Kongo (que nosotros llamamos São Salvador del Congo) contra Manuel Cerveira, todo el mundo oye todo, además de haber escrito varios memoriales para Europa sobre las tropelías de este traste. Todo se sabe, las palabras corren por la selva más rápido que los guepardos. ¿Por qué fray António tenía que insubordinarse contra el gobernador? Para colmo cuando este había tenido grandes victorias militares y hasta había logrado caer en la gracia de Ngola, con el riesgo aún mayor de que descubra las famosas minas y se convierta en uno de los hombres más ricos del reino y con la fuerza política para aplastar a cualquiera. Debía haber prudencia, saber antes lo que pasó realmente con Kafuxi para explorar bien la cosa. Kafuxi tampoco era una santa paloma, pero servía de contención contra el odio de Ngola, como siempre aconsejaba el gran capitán Bento Banha Cardoso, hábil estratega de la ocupación del territorio y en tan mala hora enviado de nuevo para Portugal.

El vicario no esperó la improbable brisa del fin de la tarde para salir de casa. Estaba ansioso por tratar estos asuntos urgentes con André Velho de Sottomayor, su gran *kamba*. Fue a buscar la amplia sombrilla para el sol, trancó la puerta y se enfrentó al calor de la tarde. Felizmente para él, su amigo no vivía lejos. Se veía desde allí en la cima, en el suave descenso al sur, la gran casa de adobe que había mandado construir, con un muro alto al rededor. Dentro del patio había innumerables chozas de esclavos esperando una embarcación para Brasil. Día y noche la casa era cuidada por una docena de fortachones, todos negros. Pero el jefe de la guardia era portugués, como es debido.

La confianza mató al ratón.

El oidor estaba en casa, como toda la gente de buen juicio en aquellas tierras. Era una vivienda rodeada de balcones, dos de ellos mirando hacia el mar y recibiendo alguna brisa, cubiertos por manojos de pasto, como se usaba en el campo y en el Kongo, lo cual refrescaba el ambiente. El juez oidor lo recibió con grandes gestos de amistad y lo llevó a sentarse en el mejor asiento de paja del balcón. Algunos cojines suavizaban la rudeza de la paja. Luego vio a una criada muy joven, casi una niña, con un cántaro y tazas.

—Vamos pues a mojar la garganta. Es vino de palma que me trajeron hoy mismo de Bengo. Está fresquito.

El juez André Velho de Sottomayor era la principal autoridad de justicia de la ciudad y de la colonia en aquel momento. Pero, al verlo, nadie lo notaría. Viejo, como su nombre lo profetizó cincuenta años atrás, seco, pálido por huir siempre del sol, su eterno enemigo, tenía una vocecita raquítica de niño. Felizmente el tribunal era un cuarto pequeño y mal ventilado. De lo contrario se escucharían con mucha dificultad los veredictos.

—¿Sabe a quién acabo de recibir en mi casa? —dejó caer el padre, después de dos tragos de *maluvo*—. No lo va a creer…

—A Cerveira…

El oidor rio a causa del aire acongojado del otro. El vicario después sacudió la cabeza y sonrió, matrero.